



LA ACACIA

Pilar Villalobos Moreno
Ecologistas en acción

Austera, verde en verano, de tronco recto o ramificado y abundante sombra, la acacia ha sido perenne centinela a la vera de caminos polvorientos y oscuras carreteras de toda la Península.

Tan humilde ha sido su existencia, que su verdadero nombre castellano es falsa acacia y también acacia bastarda. Nombres que no la hacen justicia y que están muy lejos del agradecimiento que merece. Ha sido refrescante alivio, al amparo de sus ramas, de caminantes y labriegos cuando en épocas pretéritas

viajaban en carros y tartanas bajo el abrasador sol del verano. Y en invierno, concedora sin duda del gélido frío que atenazaba con la escarcha los abiertos campos de sembrados y barbechos, desnudaba de hojas su ramificado cuerpo para permitir el paso del tenue rayo de sol en la fría mañana de diciembre.

Su frondosa y apretada copa ha sido hábitculo perfecto para que pardillos, verderones, verdicillos y en especial de los pintados jilguerillos, que instalan la "copa" de sus elaborados nidos, de delicados tallos y raicillas, camuflado entre el claroscuro de su denso follaje.

Qué delicia al llegar la primavera, cuando el limpio y húmedo aire de mayo se llenaba con la fragancia exhalada de las recién abiertas flores.

Los niños de entonces, carentes de juguetes, chucherías de chufas, cañamones tostados, arrezú... y seguramente con más hambre del deseado, se llegaban hasta las colgantes ramas y tras un pequeño salto de las desnudas piernas de raídos pantalones, accedían al jugoso tesoro de las blancas flores con los nectarios repletos de azucarada esencia, que endulzaba la boca con un sabor tan placentero que se dio en denominar a esta planta como árbol del pan y quesito, intentando tal vez emular al deseado pan y al soñado queso.

Una vez saciado el apetito y lejos de caer en el aburrimiento, que con seguridad era una palabra poco usada entre los chavales de la época, se cogían hojas, y haciendo resbalar con rapidez los dedos índice y pulgar por el largo pecíolo, para desprender las hojuelas que forman la hoja compuesta, estas quedaban atrapadas en un manojito entre los dedos; si quedaban muchas se denominaba como gallo (por la forma de cresta) y si pocas de gallina. Un entretenido juego que servía de base de apuestas para el cambio de sencillas propiedades como piruelos, bolas y las menos de las veces de cromos.

Lástima que nuestros niños hayan perdido buena parte de sus facultades imaginativas cayendo en la rutina, la apatía y el aburrimiento, saturados hasta la saciedad por el desmesurado bombardeo de tantos inservibles cachibaches a los que en poco o nada aprecian, como consecuencia del escaso esfuerzo realizado para conseguirlos.

Pasando el tiempo, he podido comprobar que tan insigne árbol recibe el nombre de Robinia pseudoacacia y que puede alcanzar hasta los 25 metros de altura. La corteza es rugosa y las ramas fuertes y algo tortuosas; las más jóvenes armadas con estípulas que originan fuertes aguijones. Las hojas son compuestas formadas con 3 a 10 pares de hojuelas de forma oval y más verdes por la parte superior que por la inferior.

Las flores son amarillosas de color blanco que forman racimos colgantes. El fruto es una legumbre comprimida de 5 a 10 cm. de largo, que encierra en su interior las semillas.

De forma natural habita en el centro y oeste de los Estados Unidos, de donde fue llevada a Francia al Real Jardín de París, procedente de Virginia, en 1601.

El nombre del género, Robinia, está dedicado al jardinero Jean Robin que fue el primero en cultivar este árbol en Europa. De Francia se trajeron a Barcelona y más tarde a Madrid, donde se plantaron en La Huerta de Migas

Calientes (antiguo Jardín Botánico); de allí proceden los primeros ejemplares que se plantaron en el Retiro y Aranjuez.

La madera que al cortarla adquiere un color pardo-dorado es pesada, dura y algo tenaz, por lo que se utiliza para fabricar postes, en carretería y para aperos de labranza, aunque no es fácil de manejar.

Hoy en día las acacias están en franca regresión. Algunos ejemplares sobreviven a duras penas en las cunetas de las carreteras, resistiéndose a morir rebrotando de sus raíces tras el paso de la maquinaria pesada, adoptando la forma de arbustos. Sin embargo ahora libra su última batalla contra el uso indiscriminado de herbicidas que son vertidos en las vías de uso privado y público eliminando todo atisbo de vegetación. Estos vertidos cada vez más frecuentes son reconducidos por el agua de lluvia hasta los arroyos y ríos contaminando los lechos y acabando con buena parte de la vida animal y vegetal.

En nuestro pueblo eran comunes en La Soledad (junto a las escuelas), en la carretera, en la Glorieta, camino de las Cruces (donde perduran algunos viejos ejemplares), en el Canillo..., además de en algunos caminos de La Puebla. De forma lamentable este conocido árbol, (adoptado ya como nuestro aunque de origen americano), resistente, ecológico, con escasas necesidades hídricas, que sirve de cobijo y alimento a numerosas especies de aves de nuestra fauna y con pocas enfermedades, está siendo sustituido por especies nuevas (plátanos) que necesitan riegos abundantes y que salvo por la sombra, no proporcionan ecológicamente ningún beneficio al ecosistema natural urbano.

En nuestro pueblo eran comunes en La Soledad (junto a las escuelas), en la carretera, en la Glorieta, camino de las Cruces (donde perduran algunos viejos ejemplares), en el Canillo..., además de en algunos caminos de La Puebla.